

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por ROGELIO SINAN

Oficinas: Avenida Ancón, 73

Apartado Postal: 3181

Teléfono: 1436-L

Panamá, R. de P.

SUSCRIBASE A LA

BIBLIOTECA SELECTA

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Regello Sinán

Año II	Abril de 1947	Número 16
--------	---------------	-----------

Nacho Valdés

MANDRAGORA

(Selección de Cuentos)

Comentarios de
Jorge Artel

BIBLIOTECA SELECTA
PANAMA
1 9 4 7

EN PREPARACION

C U E N T O S
D E L
E C U A D O R

SELECCION

y

NOTA PRELIMINAR

por

ALEJANDRO CARRION

NACHO VALDES

(Fragmentos del "PORTICO" al libro "ALMA")



Nacho Valdés o Ignacio de J. Valdés Jr., ha sido consagrado, más que por la crítica, por el pueblo de Panamá, como el cuentista por excelencia. Nosotros hemos leído sus libros, hemos tratado al hombre, lo mismo en la atmósfera cordial pero grave de su oficina de censor oficial, que en la íntima camaradería literaria, departiendo con él en compañía de escritores y poetas.

No es Valdés Jr. un caso excepcional de prosador, a lo Ricardo Güiraldes, Mariano Azuela, Jorge Icaza o Rómulo Gallegos. A diferencia de estos novelistas y cuentistas suramericanos, él administra un estilo ligero, sin alardes literarios de alta tensión, una prosa sin efectos de luz y sin acústica. Es un estilo plano, donde, sin embargo, alienta la fuerza angustiada de los personajes sencillos de sus cuentos.

Y como sus personajes resultan de una extracción también sencilla como su prosa y como la manera terriblemente de vivir, de sentir y de morir que tiene el pueblo, las gentes se han acostumbrado a mirarse y a buscarse en los cuentos de Nacho Valdés.

* * *

"Es su género satisfactoriamente completo, porque ofrece dos aspectos vitales, como son el autoctonista y el urbano, a los que sin duda el inquieto escritor panameño aporta penetrantes observaciones, creando

zonas nuevas de emociones, o por lo menos presentando éstas de una manera tal, que nos las ha hecho sentir como desconocidas, como no experimentadas otras veces.

* * *

“Hoy no se podría escribir una antología de buenos cuentistas panameños con prescindencia de sus producciones.

* * *

“Cuando se ha vivido tan intensamente como ha vivido Valdés Jr., escribir cuentos o novelas es una manera de prolongar la existencia, digámoslo así, de los distintos personajes que pueblan nuestro mundo interior.—De ahí que en muchos escritores los mejores materiales para su obra de imaginación permanezcan en su subconsciente o en su propio recuerdo.... A lo mejor ese es el caso de Nacho Valdés.

* * *

“Para mí lo más grande y afortunado de Nacho Valdés no son cuentos en sí mismos, sino esa gran sensibilidad que lo capacita para interpretar y sentir en sus propias carnes el dolor de los humildes y el drama humano de los otros.

JORGE ARTEL.

NOTA BIBLIOGRAFICA:—Nacho Valdés nació en Santiago de Veraguas (Panamá) el 6 de Junio de 1902, donde hizo sus primeros estudios. Los completó más tarde en la Capital ingresando al Colegio de La Salle, regentado por Hermanos Cristianos, adquiriendo los títulos de Perito Mercantil y de Bachiller Moderno (1921). Es periodista. Ha sido Primer Jefe de Redacción de “El Panamá - América” y Cónsul General de Panamá en Londres. Actualmente desempeña el cargo de Jefe del Departamento de Prensa y Radio del Ministerio de Gobierno. Ha publicado las siguientes obras: “VIBRACIONES” (poesías, 1926); “CUENTOS PANAMENOS DE LA CIUDAD Y DEL CAMPO” (1928); “SANGRE CRIOLLA” (Nuevos cuentos panameños, 1943); y “ALMA” (cuentos cosmopolitas, 1945). Tiene en preparación “VOZ DE PATRIA” (cuentos nuevos autóctonos) que llevará a las prensas dentro de poco.



MANDRAGORA

—Sabes? Me voy!

—Te llevan?

—Me llevan! El “Panquiaco” sale mañana poco antes del medio día. Somos dieciocho los que nos vamos.—La apelación final fué negada por la Corte. Me llevan!

—Yo trataré de verte mañana antes de irte.

* * *

La campana de la cárcel sonó. Los presos se fueron alineando silenciosos, juntos al muro.—

Pedro Juan bajó del cajón en que se había encaramado para hablar, desde este lado de la tapia erizada de vidrios afilados, con María José y ocupó su puesto en la fila.

El jefe de la guardia nocturna cerró el libro y

dió media vuelta. Todos estaban allí.—Los presos volvieron a desfilas en silencio hacia sus celdas.—

Rumor de llaves grandes, chirriar de rejas y cerraduras. Luego, silencio pesado, agobiante.

Entre las hierbas de las tumbas del Cementerio cercano, los grillos cantan responsos temblorosos de escalofríos. Del otro lado, una orquesta inicia la zarabanda nocturna; una mujer, en traje de baile, perfumada y lista para el placer mercenario, dice adiós al chulo que arranca nuevamente, y el ruido del motor de su carro se va perdiendo lejano...

Todo duerme en el enorme edificio de la cárcel. Hasta el rítmico taconear del guardián ha cesado. También duerme.—

Pero ni Pedro Juan ni María José pueden dormir.—

Junto a la reja del prisionero, el guardián, que tuvo la noche anterior libre y que por lo tanto no durmió porque la aprovechó, está reclinado.

Una mano que sale cautelosa, que se apodera de las llaves, una puerta enrejada que se abre. Otra vez las llaves en su lugar y la puerta que vuelve a cerrarse.

Como un fantasma silencioso, Pedro Juan recorre pasadizos y más pasadizos oscuros. Los conoce todos aun con los ojos cerrados.

Duerme también la celadora.

—María José...

—Eres tú, Pedro?

—Sí...

—Ella tiene las llaves.

La misma maniobra. Luego, silenciosamente, dos sombras se deslizan y, burlando la vigilancia de los guardianes dormidos, las dos siluetas se acurrucan en un rincón apartado y oscuro.

—Oye, María José, tú me seguirás queriendo, verdad? No te importa que yo sea un presidiario?

—Acaso no lo soy yo también, Pedro Juan?

—Ah! Pero tú eres buena! Sabes? Tengo celos! Me parece que cuando ya yo no esté aquí, cuando ya no oigas mis canciones en el patio, mi imagen desaparecerá de tu memoria. Luego, son tantos años! Quince años! Quince años!

—Tú dices que yo soy buena. Yo no lo era, mentira.—Yo sé que estoy aquí porque lo merezco. No tuve a nadie en el mundo que me guiara por el buen camino y me fui por el lodo. Yo no niego mi culpabilidad en el crimen por el cual estoy presa. Justo castigo es. Pero, acaso no puedo ser buena? Yo no sé, ni quiero saber cómo ni por qué viniste aquí. Sólo sé que tú hubieras podido hacer de mí una buena mujer, si no me hubieras encontrado tan tarde, si nuestro conocimiento hubiera sido en otro lugar en la Vida, no en una cárcel.—Quince años! Qué son quince años, Pedro Juan, si después puede venir un minuto de felicidad? Vete tranquilo. Yo te esperaré. A mí me faltan ocho años. Nunca es tarde para volver a comenzar.

—Nunca es tarde para volver a comenzar!...musitó Pedro Juan.

Y los dos se quedaron en silencio.

El reloj de la cárcel desgranó, rezongonas, dos campanadas, en la sombra impregnada de silencio.

Los dos penados se dieron las manos en la sombra que cobijaba un idilio que acunaba la Esperanza..

—Adiós, Pedro Juan...

—Adiós, María José...

Ni siquiera un beso. Aquel amor extraño no hubiese concebido un beso, aquel amor de ajusticiados, amor mandrágora, debía alimentarse de fe en esa copa, hasta los bordes, de cicuta, ofrecida por la Sociedad en ciego ademán, remedo de "Justicia".—Quien sabe si aquel amor de presidio era el primero y único que había alegrado fugazmente sus tristes vidas...

* * *

Inclinada sobre la rechinante Singer, junto a la ventana, la había visto Pedro Juan desde el primer día en que entró en la cárcel y salió al primer "recreo" en el extenso patio, dividido para hombres y mujeres, por una alta y espesa muralla de cemento, coronada de filosos vidrios.

María José se acostumbró también a ver todas las tardes a aquel presidiario nuevo, en aquel rincón del patio. Y hubiera sido para ella, uno más, a no haber mediado una circunstancia que llamó su atención. Aquel preso nuevo no tenía para ella miradas atrevidas ni requiebros libres. "Por qué —se preguntaba ella muchas veces— habrá caído ese hombre extraño tras las rejas?"

Un día que lo llevaron a efectuar un trabajo en la galería de recreo de las mujeres, se cruzaron las primeras palabras, a escondidas.—

Después, los papelitos y las sonrisas lejanas hicieron lo demás.

Cuando “le hicieron la audiencia” en que salió condenado por un jurado de “conciencia”, ella se pasó la noche anterior rezando y llorando, oprimido el corazón por el funesto presentimiento.

Pasaron tres meses durante los cuales el abogado de Pedro Juan hizo esfuerzos inauditos por salvarlo de la condena final, pero fracasó.

* * *

Y, a las once de la mañana, salía el “Panquiaco” con su cargamento de desesperados, rumbo a la isla de la desolación...

Desde la ventana enrejada con fuertes barrotes de hierro a los que pegaba la cara hasta hacerse daño, mientras los dedos crispados como garras apretaban los hierros crueles, María José vio perderse la última voluta azulada tras el Farallón inmisericorde...

* * *

Dos años después, las crónicas hablaban de la fuga ingeniosamente llevada a cabo de la presidiaria María José Sandoval, de la Cárcel Modelo.

Al cabo de un año, nadie hablaba de ella y las crónicas se ocupaban entonces de los detalles de un crimen pasional del bajo mundo, recientemente cometido.

El acusado del tremendo delito, que revestía caracteres espeluznantes fué juzgado, condenado, y enviado a Coiba.—De la partida que embarcaban ese día era el más alegre y el más jovial. No parecía ir para la soledad y el destierro sino con el semblante de la

novia que va en busca de su amado.

Y, a la verdad, el "nuevo criminal" iba en busca del Amor; de ese amor que se incubó y nació en el presidio cual mandrágora maldita, y que iba a florecer pujante en el Presidio.

Los jueces, en su celo por "vengar a la sociedad" no reconocieron en el nuevo reo a la presidiaria fugitiva de años antes quien, por voluntad propia, regresaba a la cárcel, disfrazada de hombre, acusándose de un crimen que no había cometido pero que era el único camino que le quedaba para volver al lado de su Pedro Juan.

El sí la reconocería!



EL ENTREPAÑO

• Yo nací para explorador o cosa parecida.—Llevado por esa afición o vocación que, dicho sea de paso, ya considero frustrada, me he leído todas las obras de Julio Verne y Emilio Salgari, lo que ya es un campeonato.

Salir al campo sin rumbo e internarme en los bosques vecinos a mi pueblo natal, sin conocer los caminos, constituían para mí una verdadera diversión.

Fué un medio día del caluroso mes de Marzo.—Me encontraba perdido y con una sed abrasadora. Guiado por el canto de los gallos llegué a una casa enclavada en una especie de llanura. A su alrededor había sembrados árboles de toda clase, caña de azúcar, papayas, etc.—La casa no era de construcción campestre sino muy moderna relativamente: techo de tejas, tablados, un “altillo” para dormir, dividido en dos por un tabique y al que conducía una bien construida es-

calera, cocina aparte etc.—En la planta baja, una hamaca puesta como para dormir la siesta.

Cuando llegué, no había señales de vida en la casa ni en sus alrededores. Dos veces saludé en voz alta sin obtener contestación.—A la tercera, un rezongo que tanto parecía de animal como de persona me dió a entender que algo respiraba vida en aquel lugar.

Una mujer prototipo del cruce del indio con el campesino, en que la edad no hace efecto: oscuramente mestiza, cabello lacio, ojos abotagados, algo obesa, un tanto mugrienta la escasa vestimenta, con gesto hosco e indiferente, me dió el agua que le pedí.

Sin esperar que me brindara asiento, tomé posesión de la hamaca pues el cansancio me tenía medio atontado.—A poco rato oí voces en el interior del Cañaveral y luego vi aparecer un hombre robusto y coloradote: a leguas denunciaba su origen extranjero. Minutos después, conduciendo un mulo por el ronzal hizo acto de presencia en las goteras de la casa otro individuo bastante parecido al anterior por lo que deduje que eran hermanos.

Al revés de la huraña morocha, me saludaron afablemente y conversaron conmigo sobre diferentes tópicos por espacio de más de media hora. Al despedirme de ellos, me rogaron les proporcionara los periódicos y revistas de Europa que yo hubiese leído para lo cual, uno de ellos iría los domingos a mi casa a buscarlos. Yo les hice gustoso el ofrecimiento y, provisto de algunas hermosas cañas que ellos me obsequiaron me alejé.

Al salir a la carretera encontré al buen viejo Ra-

món, verdadero almacén de leyendas e historias de la comarca que llevaba la misma dirección que yo hacia el pueblo y, después del saludo me disparó a quemarropa la siguiente advertencia: Mal camino trae, compadrito. De seguro viene de la casa de los Ñopos".

—Y eso qué tiene de particular? le interrogué.

—Mucho, compadrito, mucho. Esa gente, tanto los dos Ñopos como la chola están "descomulgaos" lo mismo que los "fulencos" que tienen por hijos y que todavía están "moros".

Y, en medio de mi estupefacción me narró la siguiente historia:

Se llamaban Victorio y Anselmo Silva y eran portugueses. Victorio era el mayor de los dos.—Hacia muchos años, quince más o menos, llegaron a la comarca, y, en lugar de quedarse en el pueblo, siguieron al campo. Allí fueron muy bien acogidos por los habitantes, sencillos y hospitalarios, por naturaleza, porque aunque eran "gringos" la jerigonza que hablaban se parecía al castellano y se hacían entender. Un día, Ramón, corazón generoso y noble, propuso que entre todos, en una "junta" construyeran un rancho para los ñopos.—La idea fue acogida con gusto y a los ocho días los dos forasteros tenían vivienda propia, un bohío con paredes de bajareque, jorón con su escalera de guarumo, puerta llaviza, en fin, todo el confort deseable en aquel lugar.

Los hermanos Silva pronto se aclimataron y se acostumbraron a las patriarcales costumbres de los habitantes de "El Guarumal"; ganaban y pagaban peones, tenían su roza, sus huertas, iban al pueblo los do-

mingos y oían misa y hasta llegaron a calzar la cutarra, los zamarros, el algodón de coleta con el sombrero de junco, todo lo cual los confundía con los nativos entre quienes, es sabido, se conservan puros los rasgos españoles. Solamente el acento los denunciaba como extranjeros.

Dos años pasaron así los dos hermanos, haciéndose querer de todos por su carácter franco, jovial, por su temperamento apacible, por su honradez y, en fin, porque tenían el don natural de darse a querer.

En cuanto a las relaciones entre ellos, eran de lo más armónicas.—Constituían el prototipo del amor fraternal. Nunca hubo la menor disputa entre ellos; lo que cosechaban era para los dos; no había tuyo ni mío y su existencia se deslizaba tranquila y sosegada.

Muy jóvenes habían salido de un pueblecillo costanero de Portugal; juntos vieron las lágrimas correr por los rostros arrugados de los queridos viejecitos a quienes prometieron, llorando también, volver muy pronto llenos de riquezas con las que harían felices sus últimos años.

Y se alejaron con el hatillo de ropas en la espalda hacia el barco que había de conducirlos a las costas mágicas de América.—

La vida se les mostró hosca y dura desde el principio y la fortuna esquiva. A arañazos sangrantes arrancaron a la vida el mendrugo que ablandaron con las lágrimas del ostracismo y la desesperanza. Trabajando de cargadores en los muelles en diferentes lugares y en otras ocupaciones, pero siempre honradamente, erraron de país en país durante varios años,

hasta que un día llegaron al Guarumal.

Una tarde recibieron un sobre con bordes negros; y los que, durante la noche, pasaron juntos al rancho de los ñopos, oyeron unos sollozos varoniles que partían el alma....

Desde ese día no se les oyó hablar más de regreso a la remota patria. Aquel sobre enlutado les había llevado la noticia de la muerte de sus padres ocurridas con cortos intervalos.

* * *

“Ven acá Anselmo, le dijo una noche Victorio Silva a su hermano menor. Mientras yo abrigué la esperanza de volver a Portugal no pensé en tomar compañía, porque ello me hubiera acarreado muchas dificultades; yo no me la hubiera llevado aunque no le dejaría tampoco los hijos que con ella hubiera tenido y eso sería una noble canallada.—Tú sabes que me gusta Encarnación la hija de compadre Antonio. Ayer le hablé del asunto y ella me dijo que como lo más seguro era que su familia se opusiera y le rajaran la cabeza con un leño por no ser yo de aquí, lo mejor era que yo me la llevara de este lugar.

Yo no me la voy a llevar a otra parte, pero tampoco voy a vivir con ella en casa que nos regalaron y en la que trabajaron compadre Antonio y su hijo Maximino. Además, de ser cierto lo que teme Encarnación, aquí cerca de su casa con mayor razón le rajarán la cabeza, si no la matan a leñazos.—Es por esto que he pensado en aquel claro del monte que tú un día encontraste tan apropiado para una vivienda. Hoy fui al pueblo y pedí licencia transitoria, que, como sabes,

dura dos años, para cultivar y edificar y mientras tanto hago las gestiones para sacar título de plena propiedad gratuita.—Quiero, pues, que pongamos manos a la obra. Con los ahorros que tenemos y que no son pocos y que habíamos destinado para hacer la felicidad de nuestros viejecitos que Dios tenga en gloria, pronto concluiremos nuestra casa, después de lo cual me llevaré a Encarnación”.

Anselmo no encontró reparo a los proyectos de su hermano mayor y el trato quedó cerrado.

Tres meses después de esta conversación, entre el monte, se erguía coquetona y alegre, una confortable y elegante casa, con “altillo” para dormir, dividido en dos por un tabique o entrepaño de madera: un lado para Victorio y Encarnación; otra para Anselmo.

Sembraron los alrededores, llevaron sus productos al pueblo, compraron sus útiles y regresaban a aquella casita donde en eglógica calma transcurrieron los meses y los años.... Encarnación dió a Victorio como premio a sus amores, dos morochitos que completaron la alegría de aquella feliz trinidad.

* * *

Un domingo, Victorio, como de costumbre, se encaminó al pueblo, llevando algunos productos que rendirían escaso valor. A eso de las dos de la tarde, el cielo se encapotó, brillaron los relámpagos y a poco rato una furiosa tempestad se desencadenó. Llovió hasta bien entrada la noche y, a la madrugada, el río Cuvibora rugía atterradoramente. No extrañó, pues, a Anselmo y a Encarnación que Victorio no llegara como de costumbre al anochecer. Pero pasó el día si-

guiente y luego otro y otros y así una semana de angustias y sobresaltos.

Anselmo se apresuró desde un principio a dar aviso a la autoridad, pero ésta ya se encontraba preocupada en la búsqueda de Maximino, el hermano de Encarnación, desaparecido por extraña coincidencia el mismo día de la tempestad, como Victorio.—Maximino tenía la mala costumbre de invertir en anisado el producto de sus ventas así es que la creencia general era que las aguas del Cuvibora habían dado cuenta de él.

Próximas ya a abandonarse las pesquisas, un campesino dijo que sobre una ceja del monte cercano al río había visto de lejos una “gallotera” revoloteando. Efectivamente, lejos, muy lejos del camino real, encontraron los restos putrefactos de un sér humano comido casi en su totalidad por los gallinazos.

A quien pertenecían esos restos? Esta era la gran incógnita ante la que se quebraban la cabeza los agentes de la autoridad. Ni el compadre Ramón ni Anselmo Silva pudieron decir si esos restos pestilentes y dispersos que tenían delante habían pertenecido a Maximino o a Victorio.

Los años que transcurrieron luego, echaron denso velo de olvido sobre aquella tragedia.

En la escondida casita, sin embargo, algo extraño había notado Anselmo. En la evidencia de la muerte de su hermano, se dirigió al arca de los ahorros de los dos y encontró con sorpresa que la cantidad que antes existía, había sido dividida en dos partes iguales y una de ellas subdividida en otras dos de los que faltaba

una. No cabía duda de que Victorio se había marchado solo a Portugal...!

Guardó silencio Anselmo, pero no rencor, contra su hermano.

* * *

Un lustro había transcurrido desde que Victorio se fue del pueblo y no regresó.—Sobre Encarnación, los años no habían hecho efecto. Siempre en sus quehaceres, encerrada en un hermético mutismo, recorría la casa, daba de comer a sus hijos y a sus animales, acarreaaba agua y luego se sentaba a mirar lejos.

Una tarde, después de la dura faena del día, Anselmo se acercó a su cuñada y se sentó muy cerca.

“Encarnación, le dijo, tú sabes que mi hermano no volverá más nunca. Sin haber pasado por nuestra mente la sombra de un mal pensamiento, la gente cree que yo lo he reemplazado “en todo”. Nos suponen culpables y nos miran de mal modo, a tal punto que muchos se apartan de mí con repugnancia. Por qué, Encarnación ya que de nada nos vale guardarle las espaldas a mi hermano, no hacemos lo que ya creen que hemos hecho? Tú necesitas un apoyo, yo una mujer; sabes que te quise tanto o más que mi hermano, él se “junto” contigo nada más, mientras que yo me hubiera casado por la iglesia. Por qué, pues, no te juntas conmigo si hace cinco años que dormimos solos, separados únicamente por un entrepaño”.

La morocha levantó los ojos bovinos y adormecidos hacia su cuñado, los clavó luego sobre los dedos de sus enormes pies y exclamó casi imperceptiblemente:

—“Bueno!”

Y aquella misma tarde fue arrancado el tabique divisorio.

Cinco años más pasaron. Encarnación dió a Anselmo dos pichones de lusitanos más, rubio uno y cholo el otro.

Una madrugada, de esas madrugadas de invierno, húmedas, llenas de rumores y cocuyos, una sombra sigilosa se deslizó por el cañaveral, subió los escalones, atisbó por una juntura de las tablas, el interior, donde había luz para ahuyentar los mosquitos y las culebras, y, dejando caer los brazos en actitud de desaliento y conformidad, regresó por el mismo camino del mismo misterioso modo.

El día siguiente era domingo y, al anochecer, Anselmo regresaba del pueblo.—De pronto, al doblar un recodo del camino, sintió que alguien lo llamaba por su nombre con voz conocida. Volvióse para mirar.

—Victorio!

—Sí, Anselmo: yo soy, tu hermano.—No temas. No soy fantasma ni vengo a tí en son de discordia.— Sé que has ocupado mi puesto “en todo”; que has quitado el tabique: que Encarnación te ha dado dos herederos más. Todo eso lo vía anoche cuando, queriendo darles una sorpresa, me acerqué sigilosamente a nuestra casa. No te reprocho. Diez años han transcurrido desde que desaparecí sin justificar mi actitud ante tí ni ante Encarnación. Comprendo los motivos harto justos que pudieron haberte inducido a ocupar mi puesto. Ahora bien; yo te lo dejo. Esto arreglado, dime: qué se dijo de mi desaparición? Qué del hallazgo de un cadáver...?

—Ahora que te veo en carne y hueso, dijo Anselmo, no puedo más que creer que los restos putrefactos que encontramos ocho días después de tu marcha, pertenecían a Maximino, quien, seguramente borracho, se ahogó en el Cuvibora, casualmente el mismo día de tu desaparición.—A nadie se le ha ocurrido relacionar tu desaparición con el hallazgo del cadáver, en vista de tu buena conducta de siempre.—Hay más: en el pueblo se habla de tí como de un difunto pues a pesar de los años, todavía nadie asegura si el cadáver era tuyo o de Maximino: en tal estado lo dejaron los gallinazos.

—Pues bien, Anselmo, hermano mío, voy a hacerte una revelación: Maximino no se ahogó en el Cuvibora: yo lo maté y luego lo arrojé al río. Maximino me había insultado por haberme juntado con su hermana.—A menudo, en las peonadas, me había echado puyas e indirectas, diciéndome cachaco derrotado y otras chocanterías por el estilo. Yo me sonreía pensando que el pobre resollaba por la herida después de todo. Pero el jueves anterior a su muerte, me encontró. Estaba, como de costumbre, en tragos, y, encarándose conmigo me dijo: “Oye, tú hijo de mala madre! La gracia que has hecho con Encarnación te va a costar cara y te vas a acordar del día en que la perra de tu madre te echó al mundo....!”

Yo dirigí una mirada a mi alrededor aunque nadie había oído la ofensa; había mucha gente. Me tragué la saliva que me sabía a sangre.—Sabiendo que el domingo no debía faltar al pueblo lo esperé. Tomé la mitad de los ahorros que me correspondía dejan-

do la otra mitad para Encarnación y los hijos y me dispuse a vengarme y a huír para no volver más si fuera necesario. Al atardecer, desafiando el temporal me dirigí al camino real, cerca del río. Sabía que ese bruto tendría que pasar por allí.—Las ocho de la noche serían cuando apareció con paso vacilante, resbalando en el lodazal.—Me reconoció. “Ola, ñopo, me dijo con sorna, equivocaste el camino por lo que veo! Este no es el de tu casa. Pero más vale así. Todas las deudas se pagan tarde o temprano...” Y en diciendo esto se abalanzó sobre mí. Yo estaba preparado para el ataque y me fue fácil dominarlo agarrándolo por las muñecas, sin intención, sin embargo, de hacerle mayor daño.

“Suéltame, gabacho desgraciado! Hijo de...” y volvió a insultar a nuestra pobre difunta. Me zumbaron los oídos, hermano, mis dedos se volvieron garras que apretaron su cuello, y, cuando me dí cuenta, Maximino estaba, con los ojos saltados, la lengua afuera y los brazos caídos, apoyado sobre el barranco, muerto.—Asustado, lo arrojé al río y huí... Diez años he vagado por Centro América sin atreverme a escribirte por temor a que creyéndote complicado, te apresarán...”

Llegaron al cañaveral vecino a la casa.

“Oye Victorio, dijo Anselmo deteniendo a su hermano por un brazo; preguntemos a Encarnación con quién quiere quedarse: con lealtad de hermano yo te prometo que si prefiere volver a tu poder, yo te la dejo, y...ponemos nuevamente el tabique”.

—Convenido! asintió Victorio.

La presencia del antiguo marido no inmutó gran cosa a Encarnación. Abrió desmesuradamente los ojos, miró a ambos hermanos con estúpida estupefacción presintiendo quizá una tragedia, pero luego bajó los ojos y continuó mirándose los dedos de los enormes pies....

—Encarnación, le dijo esa noche Anselmo, ves que ha vuelto mi hermano por lo que creo que debes unirte a él nuevamente. Qué opinas?

Lo miró fijamente. Bajó los ojos y dijo casi imperceptiblemente:

—Yo. Lo que ustedes digan....!

Y esa noche fue colocado nuevamente el tabique..

* * *

En su lenguaje pintoresco terminó Ramón de contarme esta extraña historia y, para concluir me dijo sonriendo maliciosamente:

“Y dicen las malas lenguas que ese entrepaño es puro embeleco....con que, ya sabe, compadrito, está usted descomulgao. Vaya a confesarse y dígame al padre que ha estao uste en la casa de los Ñopos del Entrepaño....’





QUE HAGO YO CON ESO?

La Sala de Audiencia del Juzgado Superior estaba de bote en bote.

Se trataba de un caso extraordinario: un horrible asesinato a sangre fría, cometido en un campito interiorano, por un rudo campesino, en la persona de un joven de la mejor sociedad de la capital provinciana.

No Nicolás no quería defensor. Para qué? “La sogá revienta por lo más “dergao”, decía con estoicismo, familiarizado, después de su crimen, con la idea de largos años de condena.

El tribunal le señaló un defensor de oficio pero No Nicolás, terco, se encerró en un hermético mutismo.

La audiencia comenzó.

Se dió lectura a varias piezas del expediente. Habló el Fiscal: pintó al reo como el más vulgar de los criminales. “Su mismo silencio, decía sentenciosamente, es la mejor prueba de su culpabilidad.—Le tiene confundido su delito tan horrendo”.

No Nicolás le fulminó con una mirada torva y si-

rada bajo las pobladas cejas.—El Fiscal, temeroso de que aquel campesino saliera libre y le exigiera cuenta de sus ofensas, terminó su perorata.

Habló luego el defensor de oficio, pero no pudo decir gran cosa ya que su cliente no le había dejado entrever ninguna luz.—Se guiaba sólo por las escasas conjeturas de las incompletas sumarias.

El cadáver había sido encontrado por unos campesinos, horriblemente mutilado a machetazos.—En medio del general asombro, momentos después del macabro hallazgo, se presentaba a la Policía Ño Nicolás a confesar su crimen y a decir “qué él era el que había matado al Ñopo Alfredo y que se presentaba para que no fueran a coger a un inocente”.—Fué la única declaración que rindió.

La excitación del público llegaba a su grado máximo.—El Fiscal, con gesto retador paseaba su mirada triunfante por la atestada sala.—Suya era la victoria, a no dudarlo.—Quién le arrebataría la gloria?

Como por arte de magia, todas las respiraciones se contuvieron: Ño Nicolás, se había levantado del banquillo y comenzó a hablar:

“Voy a contar lo que pasó, la verdad de Dios, no a defenderme....” dijo con voz temblorosa que luego se fue volviendo fuerte y hasta tronante....

“Como quien pasa un mal trago, señó Juez, voy a hablar por una sola ocasión. Yo maté al Ñopo Alfredo porque el también mató lo que era mi vida. Señó Juez, yo tenía una hija, una única hija, la Luisa, que tenía 18 años contaítos raya por raya en el “cairicio” de la cocina. La Luisa era buena, alegre y

servicial.—Por las tardes, cuando yo regresaba cansado de las “secuelas” a mi rancho, ella ponía mi cabeza sobre sus rodillas y me sacaba las canas. “Desnú” la cintura arriba, me “espurgaba” las “chatas” y las “rodelas” y me dejaba sin una garrapata ni un piojito de sabana. Hacía la comida y la llevaba a los piones.—Sí que era hacendosa la Luisa mía, pobrecita!—En el pueblo, toítico el mundo la quería por lo sencilla.

Un día llegó triste del pueblo y ese día no me quiso sacar las canas ni espurgar las garrapatas que me jormigueaban por tó el cuerpo, porque ese día había estao cosechando el arroz de la postrera.

Y pasaron los días y la Luisa seguía enferma: la llevé donde Ubaldo de Núñez y compá Ezequiel Delgao pa que la vieran.—Me dijeron que le habían “hecho daño” las comadres de Los Peñones por envidia porque era la más solicitá de los manos del lugar y los contornos.—Le recetaron medicinas de tienda, tomas de artamí con yantén caliente y baños fríos los martes y viernes en ayunas y sin hablar con naide. Pero nada señó Juez; la Luisa se me enflaquecía a ojos vistas y se me iba poniendo amarillita, mesmamente que yema de huevo de gallina alimentá con maíz nuevo.

Pa ver si me le quitaba la melancolía le puse un baile un sábado. Convidé a Candelario, er novio de ella, a tóos los muchachos y muchachas del lugar pa que fueran y tóos fueron. Nunca estuvo compá Goyo tan alegre bailando er punto-escobillao que tanta gracia le causaba antes a Luisa. Pero ná, señó Juez: la Luisa no se reía.

Bien avanzá la noche y er baile en lo mejor, se oyó el trote de una bestia que nos hizo gorré la vista pa el camino real.—Era er Ñopo Alfredo que venía en el caballo que yo le amansé el año antipasao. Llegó, se apió, y sin decir ni las buenas noches buscó con la vista a Luisa, que estaba en un rincón. Se fue allá, y le dijo argo, señó Juez, argo que María Felí, mi mujer, oyó.—Este argo era esto: “Ya lo sabe tu padre, Luisa? Mucho cuidado con decírselo. Evítame que le dé un tiro por defenderme”.

Señó Juez, usted tiene alguna hija? Pus hágase de cuenta cómo me puse yo cuando María Felí me contó aquel despropósito. Al día siguiente, mu de mañana me fuí al pueblo, hablé con el Ñopo Alfredo quien con la mayor frescura me contó tóitico, y me agregó muy reído que yo no le podía hacer ná porque asegún yo no sé qué libro que hay que le dicen Có-rigo, “eso” valía solo doscientos pesos si era “sin voluntad” de ella y cien pesos si era con voluntad y que “eso” que había pasao había sido con voluntad de la Luisa.

Señó Juez, yo me quedé frío. No hice bulla, no me quejé a naide, y, por la tardecica, a oscuras, mientras cantaban las ranas de la charca del Chivato y se oía allá lejos el cloqueo del tololó, amolé mi Colín. Amolando, amolando y pensando lejos, me quedé hasta que rayó er día. La ‘perica’ estaba que bajaba vello.

Mandé a decir con un amigo que por allá pasaba salomando pa el pueblo, al Ñopo Alfredo, que estaba dispuesto a “arreglar la cosa, es decir, a recibir los

cien pesos" y me alisté pa toparme con él en el camino.

Frente a la Cruz del Cuarto nos topamos, y allí, señó Juez, como usted también lo hubiera hecho, fui yo quien le cobró los cien pesos que él me pagó "sin voluntá".

Mándeme ahora pa Coiba, señó Juez, que no me importa. Estoy solo en el mundo. Mi pobre María Felí se murió de pena el día que me embarcaron en Aguadulce pa traerme pa Panamá. La Luisa dicen que se ha perdido; pero la quebrá de los Tres Remolinos puede dar cuenta de ella..."

Temblaba un ronco sollozo en la garganta del viejo que se desplomó en el banquillo, oculto el rostro entre las manos.

Poco demoró el Jurado deliberando. El veredicto fue absolutorio. El Juez Superior lo leyó en voz alta.

Le daban la libertad, pero Ño Nicolás, después de haberlo escuchado, de pie, exclamó sordamente, desplomándose nuevamente sobre el banco: "La libertad....y ahora, qué hago yo con eso....?"





LA "QUEMA"

Sí, querido Andrenio, podrá ser muy poético y bello el cuadro que ante nuestros ojos vemos: allá lejos, entre el verde-oscuro, casi negro, de las faldas de la cordillera, en esta hora crepuscular, brillan cual puntos rojos inmóviles, las "quemadas".—El "incendio que no es tragedia" me dices, "que no lleva el luto, antes bien, que es el pan del campesino".

Yo no puedo ver esos puntos rojos lejanos sin estremecerme de horror ante el recuerdo aquél.—Escucha esa historia.—

En la orilla de este lado, del río Santa María, tenía Ño Nicomedes su finca y allí vivía en compañía de su esposa, de Nicolás su hijo, y Florentina su hija, bello pimpollo tempranero, orgullo de aquellos viejos buenos, y gala de la comarca.—

En una de las campañas políticas en que los "li-

deres”, esos provincianos logreros y taimados, se desparraman por los campos a ofrecerles a sus sencillos moradores el Cielo y sus delicias “cuando la causa triunfe”, tuvo ocasión Florentina de conocer a Marcelo, un aspirante a diputado.—Educado en el Instituto, locuaz, dicharachero y bastante agraciado en el plantaje, por él olvidó Florentina a Candelario, su novio, quien se resignó a su suerte, rumiando en silencio su pena.—

“Calma, Canducho,—le había dicho Ño Nicomedes—a ella le pasará la calentina que tiene con ese ñopo fantástico y volverá a tí y os casaréis.—A él le he prohibido que pise ni siquiera el quicio de la puerta de mi casa, y el muy flojo no se atreve...y que se atreva!”

Pero la “calentina” no le pasaba a Florentina y todas las tardes, iba a verse con Marcelo en un recordo de un camino viejo y abandonado qu llevaba a un rastrojo de varios años, despreciado ya por ño Nicomedes después de haberle cosechado la última postre-
ra de maíz.

Una tarde, ya al oscurecer, los sorprendió en dulce coloquio, Nicolás, y ella le dijo, asustada, al pueblano: “No es bueno que sigamos viéndonos aquí, Marcelo, en adelante, yo lo esperaré en el rancho del rastrojo donde tata tiene guardadas unas manotadas de arroz, un poco de maíz encapullao y unas semillas de otoaes, pero él nunca va allá, y Nicolás muy raras veces...”

Padre e hijo pretendían guardarse el secreto de las ilícitas relaciones de la mala hija: Nicolás temien-

do dar una noticia fatal a su anciano padre, callaba, y sufría; No Nicomedes, temiendo ver a su hijo envuelto en una tragedia, tampoco, tampoco le decía nada; pero ambos sabían de las citas en el rastrojo abandonado....

Llegó Marzo y con él las labores del desmonte.—El viejo y Nicolás escogieron una parcela regular que quedaba al norte del rastrojo y lo tumbaron: se sacó la madera utilizable, se limpiaron las rondas, y todo quedó listo para la quema.

Esta demoraba y ya la caída de las aguas estaba encima.—No Nicomedes había llamado a Florentina y le había dicho: “Mira, Florentina, a mí no me puedes engañar vos; yo soy un libro viejo y vos una cartilla nueva acabaíta de salir de la tienda. Vos sabes que todo lo que tu madre y yo hemos ahorrao es pa vos y tu hermano, pero si te casas con Candelario o uno del campo como vos, que te sepa hacer aprecio, y no un pueblano que lo que busca es perjudicarte y luego dejarte desgraciá.—Sé que sigues con caritas con ese barbilampiño de Marcelo y no quiero que eso siga, me entiendes?—Repara en mis canas, Florentina, son honradas y no quiero que me las manches!”

Esta reprimenda tuvo por resultado poner sobre aviso a los enamorados que se pasaron unas semanas sin verse....

Por eso demoraba tumbada y sin quemarse la roza de No Nicomedes y su hijo, ante la extrañeza de todos los del campo que ya habían quemado las suyas y se preparaban a sembrar..

Y una noche en que no había luna y corría fuerte

brisa de Norte a Sur, se oyeron en el silencio los tiplidos del viejo Nicomedes convidando a los vecinos a ganarle el “peón” de la quema de la roza....

Se prendió el fuego por los cuatro costados del monte reseco; la leña crepitaba, las llamas se retorcían altas y poderosas, los ronderos estaban firmes en su puestos, provistos de trozos de tallo de plátano y guineo, dispuestos a no dejar pasar la candela a los potrereros vecinos.

Las llamas llegaron al límite sur de la ronda, colindando con el rastrojo; la ronda, cosa extraña, estaba llena de hojas secas; varios campesinos se apresuraron a quitarlas con sus largas escobas mojadas, pero se interpuso Ño Nicomedes:

—“No, déjenla sucia—dijo enérgico—no importa que el restrojo se queme; es que he resuelto últimamente quemarlo para sembrar caña.....”

De entre las llamaradas casi, salió Nicolás, lívido y le gritó al viejo para dominar el crepitar de la candela: “Tata, no...no...no deje quemar el rastrojo... por Dios...Acuérdese, tata, del arroz que hay dentro, y las semillas de otó en el rancho.”

—“Calla, que ya me se yo lo que hago!!” le respondió el viejo “lo que está en el rancho no importa que se queme... o mejor, que se queme...!”, agregó con palabras mascadas y temblorosas.

La sospecha, la tremenda sospecha del principio tomó cuerpo en la imaginación del hermano, que, como un loco, corrió desesperado hacia el rancho, desgarrándose rostro, pies y manos, dejando girones de la

blusa de coleta en las puntas agresivas de los cuernitos y espinos.—

Pero el fuego era un huracán, una muralla vertiginosa, y, cuando Nicolás llegó renegrido y con terribles quemaduras al rancho, éste estaba ya convertido en humeantes pavesas....

Por la llanura alumbrada con resplandores de sangre, desbocado, sin jinete, galopaba desaforadamente hacia el pueblo un caballo....

Cuando Nicolás regresó a la casa, encontró a varias personas que atendían al viejo recostado en un catre.—“Por poco se nos muere el viejo sofocao por el humo...lo encontramos desmayao en el camino, frente al rastrojo que quemamos pa sembrar caña”.—Dijo uno de los que allí estaban, ignorante de la tragedia.

Y Ño Nicomedes, jadeante, corroboraba: “Sí, por poquito m’ajogo. Pero no es ná.—Dios se lo pague, amigos; ahora, en cuanto caiga el primer barre-jobos, a sembrar, no es cierto, Nico?”

Nicolás, no oía, no podía oír, los oídos le zumbaban, le parecía oír entre un ruido ensordecedor de llamas furiosas y homicidas, los gritos de angustia de un hombre y de una mujer, voces conocidas...

Pero él siempre guardó silencio.—Ambos, padre e hijo, guardaron silencio, en trágica y desesperante complicidad.

Y esa noche, Andrenio, esa terrible noche, brillaba aquella trágica *quema* como brillan ahora esas fogatas rojas que parpadean en la lejana cordillera....



LA HERMANA

Lo encontraron en una charca de sangre semi-coagulada; los ojos terriblemente abiertos, daban espanto.—En mitad de la recámara, su cadáver interrumpía el paso.

Demetrio era un muchacho bueno; no se le conocía ningún enemigo; recién casado con Elisa, aún no había tenido con ella el menor altercado.—Quién habría sido, pues, el autor de tan horrendo y misterioso crimen? La policía no pudo tampoco encontrar el más tenue rayo de luz.

Indescriptible fue la desesperación de Elisa y sus familiares; Demetrio era, por decirlo así, el ídolo de aquella casa, y, cosa rara, su madre política lo quería como verdadero hijo.

La herida había sido bien calculada: un navajazo en el cuello dado con furia y acierto tronchó la vida de Demetrio en flor de juventud y en plena luna de miel; el criminal, a no dudarlo, tenía mano firme y ejercitada.

Transcurrido el día del entierro, comenzó el novenario que fue muy concurrido.—Del interior de la República, de donde era oriundo Demetrio, vinieron miembros de la familia, entre ellos una “hermana por fuera” que lo había querido desde chiquito entrañablemente.—Causó extrañeza general la llegada de Eulalia, mujer huraña que siempre había estado retraída en un apartado caserío donde vivía con una vieja entregándose, según el decir de la gente, a prácticas de brujerías.

Cada noche del novenario, el recuerdo del querido difunto arrancaba sollozos: pero Eulalia, los ojos secos, los labios inmóviles y comprimidos, cruzados los brazos, miraba fijamente, de un modo que daba miedo, a los familiares de Elisa, sobre todo a una sobrina de ésta, Enriqueta, chiquilla atractiva de algunos 17 años, la edad de los ardores incontenidos.

Enriqueta tampoco rezaba ni lloraba. Por qué extraño fenómeno? Era eso lo que Eulalia quería averiguar....

El novenario tocaba a su fin; la noche del penúltimo, Enriqueta quiso ir a su casa a acostarse; se sentía mal.—La madre la reprendió diciéndole: “Y por qué ese apuro? Por qué no nos esperas? Quién te acompañará hasta la casa?”

—“Yo!”.—Dijo desde su rincón Eulalia.

Y se fue con Enriqueta.

Al llegar a la casa, Enriqueta dijo a su acompañante:— “Siento como un dolor de cabeza lento, Eulalia; quiere hacerme el favor de traerme un poco de agua fresca?”

—Con gusto, respondió la hermana del muerto, y se dirigió al comedor.—Allí tomó un vaso, se sacó del seno un papelillo cuyo contenido vació dentro y lo llevó a Enriqueta que lo tomó.—Minutos después dormía profundamente pronunciando palabras incoherentes.

—“Ahora eres mía, dijo en voz baja Eulalia con sonrisa diabólica.—Llegó el momento”.

Cerró las puertas y, sentándose en el borde de la cama, tomó con su mano derecha el dedo del corazón de la mano izquierda de Enriqueta mientras con la izquierda oprimía el pecho de la durmiente en el lado del corazón.

—Ahora, habla....!

Su voz imperativa resonó extrañamente en el silencioso recinto.—Enriqueta se revolvió pesadamente, se pasó la mano que le quedaba libre por la frente sudorosa, como presa de una pesadilla y comenzó a hablar....

Primero fue una mezcla de palabras sin sentido, luego fueron frases completamente comprensibles....:

“Yo quería mucho a Demetrio... lo quería más que mi tía Elisa...yo le tengo rabia a tía Elisa....Demetrio me trataba como una chiquilla; varias veces yo lo esperé en el jardín cuando él entraba o salía de la casa para que conversara conmigo, pero él se esquivaba.—“Buenos días Enriqueta, cómo estás” me decía solamente...y pasaba de largo. Yo quedaba triste y colérica maltrataba las plantas. El día de mi cumpleaños me dió un beso....y una caja de chocolates; ese día lloré de alegría por lo del beso pero me chocó que

me llevara chocolates como si fuera una chiquilla.—Por fin se casó con tía Elisa y yo fui dama....Hubiera querido hundirle un puñal a tía esa noche! Desde entonces sentí quererlo más; yo no sé qué hubiera hecho por Demetrio; era una locura atormentadora la mía....Demetrio....Demetrio....

—Continúa... Tenías locura por Demetrio, él no te quería....

Enriqueta respiraba fatigosa, sudaba abundantemente, quería como despertar.

Eulalia le oprimió con más fuerza el pecho, le sacudió el brazo izquierdo, la miró con ojos magnéticos....

—“Continúa, te he dicho... Tenías locura por Demetrio”.

Y la sonámbula continuó;

—Pero él como si tal cosa... Varias veces me introduje en su recámara cuando Elisa estaba en la calle....llegué a acostarme con él un día y él me reprendió severamente.—“Buscas una tentación, Enriqueta”, me dijo, y eso! eso era lo que yo buscaba.—Ese día me dijo chiquilla loca....Le cogí rabia, y, un día, mientras el se enjabonaba para afeitarse y tía Elisa estaba en mi casa entré en su recámara y le dije “Quiere que lo afeite, Demetrio? Yo se afeitar: yo le afeito la nuca a mis hermanitas”.—El me contestó que sí, pero que cuidado lo cortaba pues yo era una chiquilla loca.—Cuando me ví con la navaja en la mano, su cuello delante de mí, yo no sé qué pasó por mis ojos que ví todo rojo, rojo, y se la hundí toda y me quedé mirando cómo cayó en redondo, agitando los

brazos, lanzando ronquidos.—Nadie me había visto entrar ni salir y me fui derecho a mi casa y ahí estaba tía Elisa todavía. Yo quería a Demetrio más que tía y como él no me quería, lo maté...

Eulalia soltó la mano de la sonámbula, se encaminó al comedor, tomó otro vaso, le vació otro papelillo.

Sacudiendo fuertemente a Enriqueta la despertó. La muchacha miró a su compañera con ojos asustados.

—Estás nerviosa chiquilla, le dijo Eulalia, tómate esto que te calmará... y duerme... Vete a reunir con Demetrio", dijo como rezongo que no oyó la muchacha.

Enriqueta se tomó todo el contenido.

Al día siguiente las campanas de la parroquia tocaban a gloria porque se iba a enterrar a una virgen.

Decían los médicos que había muerto del corazón, enfermedad hereditaria en la familia.

En la sombra, en la sala mortuoria donde aún habían ramos de margaritas y azahares, Eulalia, con los ojos reseco, los brazos cruzados sobre el pecho, sonreía, sonreía enigmáticamente....



EL "SUSTANCIADOR"

Por la escueta llanura, manchada a cortos trechos por pequeñas lagunas que formó el pertinaz aguacero, iba yo aquella tarde, caballero en el viejo caballo moro al que un tiempo por su viveza y rapidez sus antiguos dueños llamaron "Galgo", paradoja viviente ya, que caminaba ahora por la experiencia y soportaba mi peso por cariñosa condescendencia.....

Lloviznaba aún y las gotas de agua resbalaban por el encauchado santaferño como lágrimas por el rostro arrugado de un octogenario.....

Con su medio paso cansino, "Galgo" parecía soñar.....

Recordaba quizás los tiempos lejanos en que por las llanuras de "El Espino" y "El Ancón" era el rey del hato; cuando el Paso de la Culebra o "El Vado" del río Santa María eran cosa de juego para él; cuando, por ahorrarme los dos reales que para la canoa me daba mi padre en mis viajes a San Francisco de la Mon-

taña, los dos, desafiábamos las “cabezadas de agua” en el anchuroso río, mientras el gigantesco canoero Zamba se desgañitaba gritando desde la orilla: “Cuidado, niño, con la cabezáa....

Tánton años como han pasado, Galgo amigo, y aún te recuerdo como algo que fuiste muy de mi infancia. Pasaron aquellos días míos de Colegio en que, aún en mis cartas, a renglón seguido del saludo para mis familiares, preguntaba por Galgo, e inquiría detalles de tu vida.....

Quizás a esta hora mi padre ya te habrá soltado para siempre en El Barrero, quizás tus huesos blanquearán en las salitreras mientras tus crines las ostentará en vistosa jáquima cualquier rocinante....

Quede, Galgo, este recuerdo mío para tí, en estas líneas.....

* * *

Loviznando tenazmente, al paso parsimonioso de mi caballo, crucé por medio campo de Cañacillas y llegué donde la comadre Cipriana. Anochecía rápidamente.....

—Buenas noches!

—Buenas noches de Dios, compaíto, abajese....!

—Gracias. Y cómo están por aquí?

—Alentaítos, compa.....Solamente Rafael con sus dolamas.....Pero apéese, niño, si no va muy largo.....

Y ya desmontado, instalado en una banqueta, en el portal en penumbra de la casa, continuamos el diálogo.....

—Y de donde viene el compaíto tan empapao?

—De Capellanía, comadre.....

—De móo, pues que se aguantó toítico el temporal de agua? Francisca! Tre una totuma de café al compa—.Gusta de un poquito de café, señor?

Francisca la robusta mocetona, apareció con una totuma de humeante café tinto—. El café tinto bien caliente en aquellos campos míos es algo de ritual para los huéspedes. Yo no podía despreciarlo sin infringir elementales reglas de cortesía campesina.

Y haciendo maromas con aquella totuma sin agarradero, hecha un infierno de caliente, entre los dedos, me tomé el café

Quise ver el enfermo y entré.

—Cómo está, Rafael? Cómo se siente?

—Mal, manito cada vez más peor; ya no tengo vida pa tomá medicinas tanto preparás aquí don'iuno como de tienda. Ya me ha visto Maximino Valdés, el enano de tinajita que dicen que es enfalible y ná; me ha visto el compá Ezequiel Delgado y ná tampoco, ni Julián Rosa, ni Ubaldo Nuñez, una juerza, manito, una juerza de curanderos me han estao dando cosas y cosas y no han podío dar con la dolencia; uno dijo que era "dolor al lao" y al principio comí talingo y luego gallote mesmo; también comí mono cari-blanco asao; otro dijo que me habían subío los vientos y tuve aquí a una vieja curandera del Bongo que me sobijó hasta más no poder y ná tampoco. Ya me he resignado a la mano de Dios....."

Dije algunas palabras de ánimo a aquel enfermo a quien estaba matando la anemia y salí, en tanto que Francisca entraba con un brasero en el que ardía un

cuerno de vaca. Por la tarde, cuando Tacho, el hijo mayor, venía del monte, vió en los alrededores de la casa huellas de haber estado por allí la culebra y había que ahuyentarla durante la noche con el olor a cacho quemado.

Humeaban en el fogón dos ollas de barro: la del blanquísimo arroz y la de los frijoles colorados o de bejuco.

Yo me disponía a terminar mi viaje, a acabar con el sobresalto de mis padres y me dirigí a mi cabalgadura que se veía más blanca a la deslumbradora luz de los relámpagos. Lejos, se oía rezongando el trueno, como una enorme mole rodando por las escalinatas del cielo.

—Compañito, no se vaya, vea! Me dijo la comadre Cipriana. Repare como está fusiliando entoavía. El agua lo va coger antes de llegar a Cuvibora que está crecío y está el tigre sacando agua de la montaña.....

Se refería a los relámpagos y al sordo mugir del trueno.

—Quédese a comer con nosotros.....”Y miró, preocupada, las ollas.

—Oye, tú, dijo resuelta a uno de los chicos que miraba embobado mi boquilla de ámbar — anda donde comá Silveria y dilé que me jaga el bien de emprestar-me su sustanciaor si no lo tiene ocupao.”

Esto último lo dijo en voz baja pero yo lo alcancé a oír. Cinco minutos más tarde apareció el chico con un objeto largo y negro, un poco cilíndrico, envuelto en hojas de plátano.

La oscuridad que reinaba en la cocina me impidió ver qué hizo la comadre Cipriana con la encomienda

que, diez minutos después, regresaba al lugar de su procedencia con estas palabras de la comadre: “Dile que ahí va, que Dios se lo pague.”

Aquella cena fué una de las más ricas que en mi vida he comido. Extrañóme, si, que los frijoles colorados sabían a carne, a algo sustancioso, cuando antes no había visto carne por ninguna parte, y precisamente, la ausencia de carne para el pueblano fué lo que hizo ver con angustia las ollas a la Comadre Cipriana momentos antes.

Más tarde mi padre me explicó aquel fenómeno. El sustanciador o títano (tuétano) entre aquellos campesinos, es la tibia o más vulgarmente, la pata de la res que, después de usada por primera vez para sacarle el cartílago o gelatina que la cubre y que tanto alimenta, se usa para “dar sustancia” y sabor a la comida, sobre todo a los frijoles, varias veces, y se conserva admirablemente, sin romperla, colgada sobre el fogón, expuesta a la acción del humo que tiene el raro poder de conservar el sabor original.

Y entre aquella gente buena, sencilla y hospitalaria, se presta el sustanciador como se presta un plato, una cuchara, un mecedor o una paila.....





LOS ZAPATOS DE PANA

—Ay, Bernabel, quién me iba a decir que me iba a morir con la dolencia de no ponerme los zapatos de pana ésos que me gustaron tán la última vez que bajamos al pueblo pa la Purísima!

—Y, ¿quién te ha dicho, Bernarda que te váis a morir? Ya veréis que no te morís ná; son caprichos tuyos, no te vais a morir. Bernarda....

Y con esa insistencia, con esas palabras apresuradas, con esas afirmaciones hechas a él mismo más que a su mujer, Bernabé trataba de engañarse a sí mismo, trataba de sugestionarse, de no ver la realidad. Y la realidad era que Bernarda se moría rápidamente.

Estaba desahuciada. Irremisiblemente desahuciada: por los doctores del pueblo que, ante su impotencia o incompetencia, se escudaron tras el socorrido *seudodiagnóstico* de que se encontraban frente a una *enfermedad desconocida*.

Y entonces recurrió Bernabé a Matías Rosa, el curandero del Bongo, que le administró la “toma hecha con polvos de cacho de onicornio vivo, polvos de colmillo de lagarto vivo, polvo de caparazón de tortuga de Carey viva, del colmillo del tigre vivo, del puerco-monte y del perro negro” todo, en cocimiento de toronjil, rosa amarilla, mastranto, hinojillo, curia, jericó, ruda, manzanilla, hoja de guaco, bejuco de estrella y bejuco de hombre grande.

Pero sin resultado, y entonces apelaron al Enano de La Tinajita, —un campo cerca de Garnadera, por los alrededores de La Atalaya.—El Enano comenzó por colocarle a la enferma en el estómago, emplastos de mastranto, cepa de caballo, hoja y flor de sauco con manteca de caguamo y manteca de lagarto, y, por dentro, “los tres purgantes”, uno de aceites de castor, de higuera, de almendra, de aceite de comer y de moscatel, con manteca de cabima; el segundo, más benigno, de hoja de miel de rosa, agua rosada, Agua del Carmen y manteca de cabima, y, por último, el tercero, menos complicado, de raíz de la India en cocimiento de yerba de chivo.

Después de todos estos brevajes, no era de extrañar que Ña Bernarda estuviera lista para recibir la visita del Cura con los Santos Oleos. Ella lo sabía, sentía acercarse la muerte, y de allí que, aquella mañana, hubiera manifestado a su marido la “dolencia” de morirse sin ver sus pies calzados con aquellos zapatos de pana que había visto la última vez que bajaron al pueblo a oír la Misa de la Purísima.

Bernabé también estaba enfermo, muy enfermo y

débil por las pertinaces fiebres tercianas que lo estaban consumiendo, al punto que parecía un esqueleto ambulante, la piel cetrina y apergaminada pegada a los huesos, jipato, con los ojos hundidos en las cavernas de sus órbitas; no obstante se encontraba con fuerzas suficientes para ir una vez y otra vez al pueblo adonde Ña Brígida y donde Josecito Alvarez, a buscar los polvos y las mantecas para los emplastos y los cocimientos recetados por los curanderos.

Su última visita al pueblo, él lo sabía, sería para buscar al "Padre" y comprar el ataúl...

Pero, ¿por qué no hacer una visita antes y comprarle los ansiados zapatos de pana a su agonizante Bernarda, y darle así ese último consuelo...?

Se levantó trabajosamente de la banqueta desde la cual contemplaba a su mujer, casi imperceptible bajo la manta de lana, y espiaba su respirar estertórico.

De una chácara colgada de la oreja de un horcón donde la enferma tenía unos retazos de género, tomó una tira de zaraza angostita y se dirigió a los *pieseros* de la cama de su mujer; levantó la manta un poquito y en la planta del pie, lívido y sarmentoso que quedó descubierto, tomó la medida.

Llamó a su suegra. "Señá Felicia, —le dijo— voy al pueblo pero regreso de una vez, cuideme a Bernarda hasta que yo güerva, hágame el bien".

Ña Felicia ocupó el puesto de Bernabé en la banqueta, casi a ras del suelo.

* * *

Mano Zequiél, —le dijo al viejo y siempre diver-

tido Ezequiel Monroy,— ¿tiene zapatos de pana de este porte?"—y sacó la tira de género de la yesquera.

La tomó Ezequiel, la extendió en la tabla que apoyaba sobre las piernas y en la que cortaba panas, badanas, ferros y zuelas con sus afilados cuchillos "lengua-e-zorra", y le contestó:

—No tengo ahora mismo zapatos hechos de esa medida; pero puedo hacérselos para el domingo entrante.

—Es que, mano Zequiel, yo los quería de apuro.. pa hoy mesmo si no le fuera mucha molestia; yo le pagaría más si fuere menester...

Vió el murrullero Ezequiel la ganancia fija, se hizo de rogar un momento más y, por último.

—Se los haré para hoy — accedió — pero en lugar de doce reales que valen, tendrá que darme quince reales; tengo que dejar un encargo de apuro, usted comprende...

—Cómo no, mano Zequiel, aquí están y se lo agradezco y Dios le dé el Cielo y salú bastante. ¿Y a qué hora cree usted que estarán acabaos los zapatos..?

Miró al cielo Ezequiel; eran las diez de la mañana.

—A eso de las cuatro de la tarde...

—Ta bien, trato hecho, mano Zequiel.

Y, mientras se alejaba Bernabé, Ezequiel se puso al trabajo; después de tomar la medida, siguiendo su hábito, se puso entre los labios la tira de zaraza, para cualquier rectificación o consulta...

Bernabé se fué a La Placita de San Juan de Dios, a comprar café, raspadura, pan de huevo, galletas de

soda, tabaco, fósforos, kerosín, velas, y unas cuantas botellas de seco y anisado.

Era ya casi medio día y terminaba ya de hacer sus compras "funerales", cuando, al salir de la tienda del chino Juan, casi lo atropella un caballo sudoroso y jadeante que desembocaba por el callejón de la niña Espíritu Santo; lo montaba Ramón, el hijo mayor de Bernabé.

—Tata, ¡se murió mama! Apenita que usté la dejó, le entró el ronquío de la muerte y apenita tuvimos tiempo pa llamar a madrina Julia que la ayudó a bien morir, y boquió...

• Como algo que ya esperaba, resignadamente, Bernabé entregó las chácaras con las compras a su hijo.

—Coge esto, pues, y anda llevándolo adelante, tú que andas a caballo. Yo voy pa onde el Padre a arreglar el entierro y onde don Polo a comprar el cajón..

De pronto, se acordó...

Y se dirigió primero al portal-taller del siempre alegre y bien humorado Ezequiel Monroy.

—Mano Zequiél, le dijo, usté perdone, pero es que yo venía por aquí....

Y le interrumpió casi de mal humor el zapatero:

—Por aquí ¿a qué? Si apenas son las doce del día y yo le dije que los zapatos estarían a las cuatro de la tarde? Están ya cortados, pero no están ni armados; tienes que volver, pues. Ahora estoy atareado con un encargo...!

Y masticando apresuradamente algo que podría tomarse como *chingongo* o breva, y engarzando el zapato que tenía en las manos, entre el muslo derecho y

el "tirapié", comenzó a coser afanosamente, al compás del movimiento de las mandíbulas...

—Vea, mano Zequiél, insistió tímidamente Bernabé, es que yo venía casualmente a decirle que ya no quería los zapatos y si no están hechos, mejor todavía.

—Por eso no hay pelea, hombre, haberlo dicho antes.—Mire, ahí tiene sus quince reales, ahí mismo donde los dejó. Otra vendrá que tenga el mismo pié que su mujer.

—Es que yo quería, mano Zequiél, yo quería que usted me hiciera el bien, por favor y por vida de su mama se lo pido, me hiciera el bien de degorverme también la tira de género de zaraza que le traje de medida; yo la quiero guardar como un recuerdo porque ese pedacito de zaraza fué lo último que tocó el cuerpo vivo de la difunta...

—De la *di*...qué? gritó Ezequiél, abriendo tamaños ojos y parando de mascar, dejando en el aire la mano, la lezna, la cera y la cerda en un gesto automático...

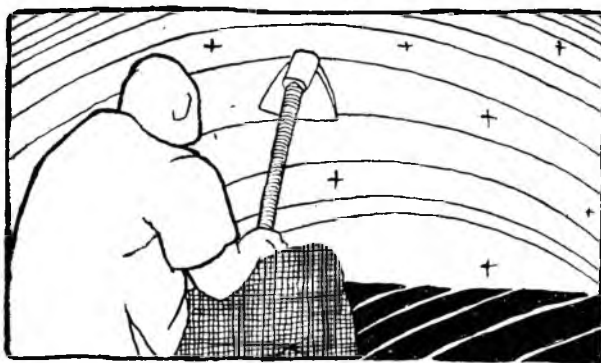
—De la difunta Bernarda, mi mujer, que acaban de mandarme razón con m'hijo Ramón que ya descansó la pobre, y se fué con la dolencia de no haberse puesto los zapatos...

Pero Ezequiél no oía ya; mejor dicho, había desaparecido! En el suelo, vuelto un montoncito bien masticado y saturado de saliva, estaba lo que había

sido la tirita de zaraza, la medida de los zapatos de pana y que Ezequiel escupió apresuradamente mientras, con una agilidad increíble en sus sesenta y tantos años y sus casi doscientas libras de grasa, saltando, atropellando y tumbando mesas, taburetes, banquetas y banquillos se dirigió al patio y Ña Florentina, su mujer, al verlo pasar como una exhalación le gritaba:

—*“Muchacho, qué te pasa, te habéis güerto loco?”*
Y viendo la estela que, a su paso dejaba el viejo en su carrera, le agregó: *“Mira, cómo me habéis puesto la sala de cochina, muchacho, cuándo te tomaste ese gomitivo, que yo no me dí cuenta...”*





¿SE LO ENVUELVO O SE LO LLEVA PUESTO . . . ?

Comprados ya, y enviados a la casa los avíos del velorio, el tabaco virginio y fututeco, bubí y ambalema, el café, las galletas de soda, el kerosín, los fósforos y las velas, el seco y el anisado, el naranjito y el ron, Bernabé pensó en hablar con el señor Cura, antes de ir a comprar el ataúd para su compañera muerta.

Con pasos lentos, como lejos de este mundo, recorrió el trayecto de la Placita de San Juan de Dios, a la Casa Cural.—

¡La Placita!

Allí había bailado hasta el amanecer con Bernarda en las Noche-Buenas de Navidad y de Reyes; allí le había comprado, en las “mesitas” los dulces del pueblo que solamente en esas ocasiones podían darse el

gusto de probar: caballitos de ángel, suspiros, merengues, huevitos de leche, alfajores, galletas de mantequilla, maní enconfitado, etc.—

Allí se habían dado los grandes banquetes, él y Bernarda, con las presas de gallina adobadas o sudadas, las morcillas reventonas, con bollo blanco y arepas de dulces de picante jigote; allí los Sábados de Gloria se habían dado gusto bailando el *punto*, el *sueste* y el *zapateado* hasta que, rendidos, pero buenos cristianos, para cumplir también con Dios, se dirigían a la Misa del Domingo de Pascuas y acompañaban la Procesión del Resucitado.

Al pasar frente a la Iglesia Parroquial, el recuerdo hincó más adentro, con las escenas de los Domingos de Ramos en que ella, su Bernabela, ahora muerta, iba con su pollera crujiente de *percal* o de *coquito*, su sombrero *pintado* finísimo, montado encima de las *peinetas de balcón* de oro legítimo colonial, sostenidas con una cinta *punzó* que le rodeaba también la frente, mientras él, orgulloso de ella y orgulloso de su enorme penca de palma real adornada con espigas de arroz, mazorcas de maíz, pañuelitos de seda y espejitos, acompañaba la procesión de Jesús Triunfante montado en el caballo “mosquito” del hijo del compadre Ignacio, regalo del tío Calansancio de la Atalaya, y que para tan trascendental ceremonia, había sido previamente adornado con moñitos y papeles de colores por doña Elisa, la esposa de don Tiburcio de León...

Y, en ese mismo altozano, sentados en sus peldaños, cada vez que Dios bendijo su unión con un vásta-

go, esperaban a los padrinos que habían de “cristianárselos”...

Sintió Bernabé una nube indiscreta y una humedad rebelde en los ojos, se pasó por ellos el dorso duro de la diestra y, al abrirlos de nuevo, estaba en la puerta de la Casa Cural.

El entierro sería al día siguiente a las diez de la mañana. Tendría que salir el cadáver del campo a las ocho de la mañana.

Ahora, a comprar el ataúd.—Donde don Polo los había ya hechos, y al escoger.—

Idos eran ya para siempre aquellos tiempos en que, al ocurrir una muerte, el doliente iba donde el compadre o amigo que tenía algunas tablas compradas en Puerto Real del Montijo el día de la Candelaria y que, año a año y tabla a tabla, iba amontonando, hasta reunir el número suficiente para levantar su casa o reconstruir la vieja.

Y, al ver llegar al compadre o amigo campesino compungido, el amigo o compadre del pueblo se le adelantaba, bondadoso y comprensivo:

—Sí, compadre tome usted las tablas que necesite; ya me las pagará cuándo y cómo pueda; no se preocupe.

Y el compadre campesino se llevaba las tablas, y las medidas de la muerta adonde el Maestro Julián, o Tarquino Solanilla, o José Tuñón, o el Compadre Salustiano Aizprúa.

En aquellos tiempos el pueblo entero sabía cuando había un muerto porque en el silencio de la noche y de la madrugada se escuchaba por todos sus ambi-

tos, como un pregonero macabro que nos hacía arro-
par “de pie a cabeza” a los chiquillos, el golpe seco
del martillo sobre el ataúd que iba tomando forma pa-
ra darle albergue final al difunto o difunta...

Y, al día siguiente, todo el mundo amanecía listo
para ir al entierro...

Ahora, Bernabé tenía que comprar el ataúd hecho,
y al contado.

Estaba enfermo; muy enfermo.—Las pertinaces
fiebres tercianas habían hecho de él un espectro am-
bulante.—De allí que, al acercarse al almacén de a-
taúdes de Don Polo, éste, siempre dispuesto al chiste,
observara en voz baja a su ayudante:

—Mira lo que viene allí...este tipo sí que es
previsor y considerado: él mismo viene a comprar su
ataúd o a separarlo y dejarlo pago para no darle ese
trabajo a sus deudos...

Y llegó Bernabé...

—Buenos días, don Polo, —dijo con voz lejana
y cavernosa.

—Buenos días, buen amigo. ¿Qué lo trae por
aquí? ¿En qué puedo servirle? Sabe que estoy a sus
órdenes...” Y recorría con mirada socarrona y sonri-
sa maliciosa la hilera de urnas fúnebres.—Pues, le di-
ré, don Polo, casualmente, a eso venía, a ver si me
vendía un cajón.—

(Polo envió una mirada furtiva a su ayudante,
como diciéndole: “¿Viste lo que te dije...?”)

—Pues, ahí tiene usted al escoger, amigo, sírvase
usted, el “que le guste”, quiero decir, el que usted
crea que le conviene...

Bernabé iba figurando en su mente el tamaño de su difunta mujer, mientras su vista recorría la fila de ataúdes. Por fin, se decidió por uno y, señalándolo:

—Ese, me parece... sí, ese... don Polo.

—Perfectamente. ¡Dieciseis pesos!

—Aquí están señor. Y los colocó sobre el mostrador.

Los contó Polo.

—“¡Exactos! —exclamó, mientras los colocaba en el cajón-registradora debajo del mostrador. “¡Nemesio! —ordenó a su ayudante— bájele ése ataúd al señor.

Y dirigiéndose a Bernabé, mirándolo de arriba a abajo aquella figura esmirriada, tenue, macilenta y casi ultra-terrena le preguntó:

—, dígame usted, amigo... usted perdone la pregunta, pero debo hacérsela, aquí se complace a los clientes... dígame usted, prefiere que se lo envuelva...o, se lo lleva puesto...?

Panamá, Julio de 1946.

RADIO MIRAMAR

- Buenos programas
- Música selecta



S I N T O N I C E L A

630 kilociclos

Onda Corta

750 kilociclos

Onda Larga

Los cuentos publicados en Biblioteca Selecta serán
leídos a través de nuestros micrófonos de 10.15 a
10.30 p.m., todos los días, menos los domingos.

LA VILLA DE
SANTA ANA
MERCANCIAS EN
GENERAL
Ave .Central No. 36
Teléfono 431

MUEBLERIA
TUÑON
Ave. Central y Calle 13
(Edificio San Roque)
Muebles Cómodos y
elegantes a precios
especiales.
COMPRESUS
MUEBLES
CON TIEMPO
Aproveche nuestros
precios especiales.

Si Usted
Compara
Seguramente
Preferirá El Nuevo
G-E Tono Natural



¡La Última Novedad!

★ Modelo XM-121. Receptor superheterodino, para C.A. y C.C. de 2 válvulas, onda normal. Altavoz "Dynapower". Moderna y elegante celosía. Mueble de bakelita con aspecto de caoba. Este nuevo radio Tono Natural puede obtenerse en material plástico de colores castaño y marfil. También puede obtenerse con atractivo mueble de nogal, a un precio ligeramente mayor.



Compre el suyo mediante pagos fáciles en nuestro sistema de C

Clima Ideal, S. A.

ORGULLO DE MUCHOS HOGARES

El conjunto de MUEBLES de gran calidad que muchísimos clientes han adquirido por medio de las grandes facilidades que les brinda nuestro

GRAN CLUB

No más preocupaciones económicas. Suscribase a nuestro CLUB y en el acto le entregamos los Muebles u otras Mercaderías que necesite.

Gran Diversidad de Muebles por Juegos, o Suelos, Estufas, Máquinas de Coser, Neveras, Radios, Platería, Joyería, etc., etc.

- No tenemos Agentes Vendedores de Club •
- Visítenos •

CASA SPORT, S. A.

Mueblería • Ferretería • Artículos de Casa
Av. Central No. 20 (Antigua Ferretería Duque)



IMPRENTA DE LA ACADEMIA

IMPRESIONES — ALTO RELIEVE

PROCESO DE LITOGRAFIA

RAYADO — encuadernaciones

Calle Juan B. Sosa, No. 8

Panamá, R. de P.

FARMACIA SELECTA

Magnífico surtido de medicinas de patente

PERFUMES

COSMETICOS

PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

GUAYABERAS

Agetro
EL BUEN VECINO S.A.

LAS MEJORES

DAN ELEGANCIA

SON PANAMEÑAS

LECHE MARCA
AMEGLIO
HELADOS
SUAVEL
Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.
Calle Juan B. Sosa No. 5
Tel. 2066
PANAMA, R. P.

Angelini
Teléfonos 887—1687 Avenida Central 179
COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890

D U R A N

**EL SURTIDO MAS COMPLETO Y
VARIADO DE VINOS Y LICORES A
LOS PRECIOS MAS ECONOMICOS.**

**Esq. de Ave. Central
y Calle 16 Este**

**Esq. de Ave. Central y
C. 25 Este (Calidonia)**

Teléfono 246

Teléfono 3429-B

SERVICIO A DOMICILIO

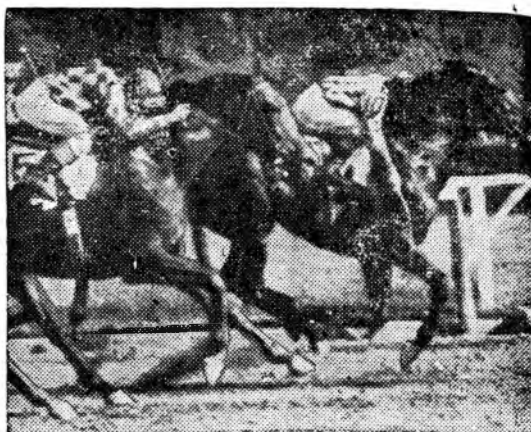
**Embarques a cualquier punto de la República.
Aparado 3262 • Panamá Rep. de P.**

C A S A L A G

"El Almacén Atractivo"

Modas • Joyas • Regalos • Novedades

Avenida Central • Teléfono 1173



Carreras de Caballos

GANADOR • ONE-TWO

QUINIELAS • DUPLITAS

**Gane dinero y goce de un
Soberbio Espectáculo**

todos los

SABADOS Y DOMINGOS

en el

Hipódromo de Juan Franco



La Super Cola
Canada Dry

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad
de la República se sostienen con el producto de
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS
LAS SEMANAS BILLETES DEL SORTEO
ORDINARIO Y DE LOS "3 GOLPES".



No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados
comprando únicamente billetes de la LOTERIA
NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS
EXTRAORDINARIOS SON UN EXITO.

BIBLIOTECA SELECTA

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1—VOCACION FILOSOFICA DEL Dr. JUSTO AROSEMENA, por J. D. Moscote.
- 2—PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO, por Octavio Méndez Pereira.
- 3—INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO, por Enrique Ruíz Vernacci, y cuentos de Salomón Ponce Aguilera, Darío Herrera y Ricardo Miró
- 4—"TODO UN CONFLICTO DE SANGRE". "A la Orilla de las Estatuas maduras", dos cuentos de Rogelio Sinán.
- 5—SIETE CUENTOS MEXICANOS, Selección y Nota Preliminar por Manuel Maples Arce.
- 6—EL CIEGO DEL BULABA Novela corta inédita por Alfredo Cantón.
- 7—LA CERCA DE PIÑUELAS, Novela corta inédita por Julio B. Sosa.
- 8—PANAMA ES UNA TACITA DE ORO, novela corta inédita por Fito Aguilera.
- 9—TRES CUENTOS, por José María Sánchez B.
- 10—LEYENDA E HISTORIA, por Ernesto J. Castillero R.
- 11—VIERNES SANTO BAPTISTA Y OTROS CUENTOS, por Juan O. Díaz Lewis.
- 12—CUENTOS DE NAVIDAD, por José A. Cajar Escala.